

# **SÁBADO SÚBITO**

**José Luis Enríquez Sánchez**

# **SÁBADO SÚBITO**

**ESDR**  **JULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Nada es verdad ni mentira

Algunos momentos del libro están inspirados  
en hechos reales.

Otros no.

Algunos personajes son o fueron reales.

Otros no.

Se ha cambiado el nombre a los que fueron o son.

A los otros no.

Sábado súbito

**14:30 h**

Nunca me han gustado las comidas de empresa de Navidad. El peloteo a los jefes, las risas hipócritas, los que van a pillar cacho, la exaltación de la amistad del que te cae como el culo... pero, al menos, es una vez al año.

Lo que no sé es por qué diablos tenemos que hacer una comida de «la primavera». Bueno, sí que lo sé. Seguro que ha sido idea de la secretaria del gerente. Una excusa para arrancarlo de las garras de su mujer y agenciárselo todo el día y parte de la noche. A lo que él no habrá puesto muchas trabas. No es lo mismo Marian, una voluptuosa rubia de bote de treinta y seis años, experta en ofimática, informática, sistemática, telemática, bastante emblemática y mucho espermática, que su señora esposa, una ama de casa madre de tres hijos, con cuerpo de ama de casa y de madre de tres hijos.

Inequívocamente, Marian habrá contado con la ayuda, para convencer a don Alfonso de organizar la fiesta, de su inseparable amiga, Alexia, la zorra de recursos humanos con nombre de robot.

Mi manía enfermiza de la puntualidad me ha hecho perder mucho tiempo en mi vida. Nunca apuro el autobús, siempre lo suelo coger con bastante antelación. El resultado es que llego media hora antes, como hoy. Tampoco me gusta ser el primero, así que me he metido en un centro comercial y he buscado una muestra de colonia cara de hombre, *Cacharel pour homme*.

Cuando llevaba ya un rato fumigándome, la dependienta guipó al soslayo, con la misma mirada inquietante de Valle-Inclán, y se acercó cortándome la retirada.

Ante el imprevisto asedio, lo único que se le ocurrió articular a mi boca fue un:

—Huele bien esta colonia.

—No es colonia, es perfume —contestó ella.

«Empezamos mal», pensé yo. Y, anticipándose a mis movimientos de evasión, la vendedora de aromas me regaló un máster sobre la fragancia que había elegido. Supe así que, entre muchísimos ingredientes, tenía flores de ylang-ylang, un árbol originario de Filipinas, y nuez moscada. Lo que me recordó a las croquetas de mi abuela.

Siguió un rato más intentando venderme el frasco de perfume hasta que se convenció de su misión imposible. Sutilmente perfiló su cuerpo mostrándome la puerta de salida, que yo tomé raudo tras agradecerle su esfuerzo.

Podría haber dicho que no, pero acrecentaría mi fama de rarito y timorato que me ha costado años labrarme en la empresa. El no beber alcohol y no salir de fiesta te convierten automáticamente en un paria de esta sociedad.

Aparte de los ochenta y dos eurazos que nos cuesta la comida. Con ese dinero puedo almorzar ocho veces con un menú diario.

—Es el sitio más *chic* ahora mismo —recuerdo decir a Alexia, con su voz de pito—. Cuando viene el rey a Granada va allí a comer.

No sé si se refería al rey emérito, a su hijo o es una frase hecha que se utiliza para incrementar la fama y los precios de un lugar.

El restaurante se llama Real Asador de la Alhambra. Acabo de llegar a la puerta, las dos y media en punto. La fachada es una recreación de la Puerta del Vino del castillo rojo. Bonito es. Y ostentoso.

—¡Nacheteee! Creíamos que no ibas a venir —me grita alguien desde la barra.

Es Kiko, Francisco Alarcón, jefe de ventas. En todos los trabajos hay un gracioso. O te cae bien o lo detestas. A mí ni una cosa ni otra, como siempre, al contrario del resto del mundo.

Lo que no me gustan son las confianzas que se toma. Y menos, que me diga Nachete. Me llamo Ignacio Bastida. Me lo pusieron mis padres porque decían que es nombre de notario o de médico. Por un error de cálculo el hijo les salió contable. Y bastante bueno. Don Alfonso me tiene en muy alta estima. Será porque le llevo las cuentas meticulosamente bien. Ambas, la A y la B.

Ya están casi todos. Se ve que tienen ganas de fiesta. Los momentos en los que entras en un restaurante y todos están en la barra son algo confusos. Algo así como cuando sales de la iglesia recién casado.

Ya no me acuerdo ni de a quién he saludado. Creo que la primera en acercarse ha sido Marian, está impresionante. Lleva un vestido rojo escotado que le sube los pechos hasta la garganta, suerte tiene el jefe.

—¡Qué bien hueles, Ignacio! —me ha dicho—. ¿Qué colonia es?

—Es perfume —he atinado a decir.

Luego he saludado a tres o cuatro compañeros más hasta que he llegado a la altura de don Alfonso.

—¡Qué buena idea la de la comida! —miento.

—Sí, es una buena ocasión para confraternizar y deses-tresarnos un poco —resaltó el gerente—, pero la idea se la debemos a Alexia.

Lo dijo en voz alta, como para que aplaudiéramos a la pelandrusca. Si fuera por ella ya me habrían echado a patadas de la empresa.

Así que se acercó la diva, entre vítores, a darme los dos besos protocolarios. Me dejó la cara llena de maquillaje.

—¡Qué bien hueles, Nachete!

—Sí, a croquetas.

No creo que haya entendido la respuesta, pero ha soltado una carcajada de esas de meigas menopáusicas y, a continuación, ha señalado hacia un salón interior.

—Voy a decirle al *maitre* que si podemos pasar ya.

—¿*Maitre*? Se le habrá subido el cargo de organizadora de eventos. Si no la conociera...

Hay que admitir que las chicas se han puesto guapas. Creo que tenemos diez féminas. Quitando a la regordeta y a Alexia, que es lesbiana, las otras ocho van de notable a sobresaliente. Incluida mi superior directa, la jefa del departamento jurídico

y de contabilidad, Inma Cruz, abogada y recién divorciada. Va a ser mi objetivo este día. Si me atrevo. El braguetazo del siglo.

Voy a acercarme a saludarla.

Cuando estoy a un metro escaso me cogen del brazo.  
Es Kiko.

—Nachete, dime qué tomas, ¿un zumo?, ¿un vaso de leche?

—Una Coca-Cola *light* me va bien.

Es de agradecer que haya siempre un «relaciones públicas», y que se preocupe porque todo el mundo esté bien, pero ha conseguido que se me escape mi jefa.

A lo lejos, la repelente entona el *follow me*, y yo aún estoy esperando a que el camarero me sirva el refresco.

Verás como me toca sentarme con la gorda.